



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



043-a15

¿UNA FE QUE RIJA NUESTRA VIDA?

Jacques Maritain

Artículo publicado en EE.UU., en el periódico The Nation, el 17 de mayo de 1947. En 1952 fue incorporado como capítulo XV de su libro 'El alcance de la razón'.

¿Una fe que rija nuestra vida? Tal fue el tema de una encuesta a la que se me pidió que contestara hace algunos años. Me pregunto si esta enunciación presenta satisfactoriamente el asunto. ¿Qué es lo que nos hace falta? ¿Qué necesitamos desesperadamente? ¿Una fe que rija nuestra vida? ¿O una fe para vivir por ella, por la cual vivir y morir? Precisamente porque nuestra vida misma está en juego nos vemos obligados a redescubrir una fe por la cual vivir y morir.

De acuerdo con la idea de muchos de nuestros contemporáneos, la fe, una fe que rija nuestra vida, lejos de estar definida por alguna verdad intrínseca e incontrovertible, superior al hombre y a la vida humana, es sólo algo medido por el sentimiento humano o por las necesidades humanas y destinado a fortificar el orden intelectual y social de la vida y la seguridad del hombre en lo que respecta al dominio de la tierra y de la naturaleza. Desde la época de Descartes y de John Locke hasta ahora, la fe en Dios se convirtió progresivamente, para un gran número de hombres, en esa fe rectora de nuestros actos. Por último, el sentimiento religioso se desplazó hacia el culto del hombre. Nuestros antepasados, llenos de infinitas esperanzas, de coraje y tenacidad, emprendieron la brillante búsqueda de una fe que rigiera sus vidas, y que era una fe puesta en el hombre. Durante algunas décadas esta fe pareció todopoderosa y produjo espléndidos, aunque frágiles resultados. Hoy, lo cierto es que hemos perdido la fe en el hombre.

Lo que hoy se llama existencialismo ateo es el más claro síntoma de este hecho. El existencialismo de Kierkegaard representaba la angustia de una fe que buscaba una realidad incomprensible e inexpressable. Aun el existencialismo de Heidegger busca el misterio del ser a través de la desgarradora experiencia de la nada. Pero el existencialismo ateo, tal como en años recientes lo proclamaron escritores que no son sino dóciles espejos de su época, no refleja la angustia del hombre que se halla frente a la nada, sino que declara y refleja el anhelo que el hombre tiene de la nada; expresa la tentación y el deseo de dejar de ser. Sin embargo, esto es imposible. Al anhelar la nada y al estar condenado a ser, el hombre se abandona a sí mismo.

El comunismo, que es la última vicisitud del racionalismo antropocéntrico, declara por cierto su fe en el hombre y se presenta como la última esperanza del optimismo. Su optimismo, con todo, es el optimismo de las titánicas y coercitivas energías de la materia y de la técnica. El hombre del comunismo está por entero subordinado al destino de la historia, encarnado en un grupo social. Fe en el hombre, sí, pero, ¿en qué clase de hombre? En un hombre colectivo, que priva al individuo de la libertad espiritual y que se convierte en un dios espurio, que surge de la evolución de la materia y de las antinomias de la historia. El hombre real, la persona humana, se sacrifica a un ídolo devorador de la grandeza del hombre.

¿Quiere decir entonces que la desesperación tiene la última palabra?
¿Estamos irremediabilmente cercados por la tragedia?

De hecho, la razón exige que tengamos fe en el hombre. Apartemos nuestra atención del mundo actual del hombre y dirijámosla al mundo de la naturaleza; pero hagámoslo con mirada objetiva. Veremos entonces que, a pesar de la ley, de la lucha y del conflicto que rige en toda la naturaleza, ésta está penetrada en sus profundidades por una paz infinita, supraindividual, innegable, que es la radical bondad y la fuerza universal del ser. Y el hombre, como parte de la naturaleza, tiene una esencia buena en sí misma. Vemos que la evolución del cosmos es un movimiento constante, aunque permanentemente trabado, hacia formas superiores de vida y de conciencia, movimiento que alcanza una victoria final en el género humano, y que, dentro de los límites de éste, queda en manos de la libertad humana. Y vemos que, desde la época del hombre de las cavernas, el lento y penoso progreso de la humanidad da testimonio de energías humanas que hacen que todo menosprecio del hombre sea pueril y presuntuoso.

Consideremos con un poquito de amor a cada individuo de la anónima masa común de la pobre humanidad. Cuanto más lo conozcamos, más recursos ocultos de bondad – que el mal no puede destruir – descubriremos en él. La difícil condición del hombre se debe al hecho de que no es solamente una criatura de la naturaleza, sino también una criatura de razón y libertad, elementos éstos débiles en el hombre, pero que constituyen, ello no obstante, su indestructible fortaleza y la prueba de su innata dignidad. Ninguna falla o mácula puede borrar la grandeza original del hombre.

Sí, vemos que debemos tener fe en el hombre. Pero no podemos. Nuestra experiencia llama a sosiego a la razón. El mundo actual del hombre fue para nosotros una revelación del mal, turbó nuestra confianza. Vimos demasiado crímenes que ninguna justa venganza puede compensar, demasiadas muertes desesperadas, vimos un rebajamiento demasiado sórdido de la naturaleza humana. Nuestra visión del hombre quedó cubierta por la imagen inolvidable de los sangrantes espectros de campos de exterminio. La codicia totalitaria por el poder, ya se trate de los nazis o de los comunistas, alimentada por nuestra debilidad

moral, desató demonios por todas partes. Todo cuanto amábamos parece haber quedado envenenado. Todo aquello en que confiábamos parece haber fracasado. La ciencia y el progreso se transforman en instrumentos de nuestra propia destrucción. Nuestro mismo ser se ve amenazado por la atomización mental y moral. Nuestro propio lenguaje ha quedado pervertido; nuestras palabras se han hecho ambiguas y parecen capaces sólo de transmitir engaños. Vivimos en un mundo kafkiano. ¿Dónde está nuestra fe, para regirnos por ella?

Acaso hayamos elegido un camino errado, acaso habría sido mejor que nos aferráramos a una fe por la cual vivir y morir, en lugar de haber buscado una fe para vivir exclusivamente de acuerdo a ella. La antigua sabiduría pagana sabía que el aspecto más noble del hombre, el más feliz y el más humano depende de lo suprahumano, y que el hombre sólo puede vivir según aquello por lo que vive y por lo que está dispuesto a morir. Algo, en suma, que es mejor que él mismo. Si nuestro humanismo fracasó, ello se debe acaso a que estaba concentrado exclusivamente en el hombre, y a que era un humanismo utilitario, no heroico; porque procuró relegar al olvido la muerte y el mal, en lugar de hacerles frente y superarlos, mediante la elevación del alma a la vida eterna; porque confió en la técnica, en lugar de confiar en el amor, quiero decir en el amor del Evangelio.

San Pablo dice que la fe es la esencia de las cosas anheladas, y continúa diciendo que es la convicción de cosas no vistas. La fe es una adhesión a la verdad sobrehumana, es un penetrar en la esfera de las cosas invisibles y divinas; la fe hace que toda nuestra vida penda de un Todo vivo, infinitamente mejor e infinitamente más digno de amor que nuestra propia vida; la fe es un encuentro con una Persona que es la Verdad misma y el Amor mismo, y a Quien el darse el hombre a sí mismo se resuelve en libertad suprema, y en Quien el morir se resuelve en vida imperecedera.

Entonces vivimos para la Verdad, y esa Verdad para la que vivimos es más fuerte que el mundo. Entonces vivimos para el Amor, y ese Amor para el que vivimos hizo el mundo y terminará por renovarlo y transfigurarlos. Entonces somos libres y nada en el mundo puede quebrantar nuestra fe.

Y ese Dios, que es la Verdad y el Amor, hizo al hombre a su imagen y semejanza. Destinó al hombre a compartir Su propia vida. Su Hijo murió para salvar al hombre. A pesar de todas las catástrofes que los errores y negaciones del hombre causan, Él conduce la historia humana hacia la realización y transfiguración. En esto estriba la grandeza del hombre. Sobre esta roca hemos de apoyar nuestra fe en el hombre.

De esta manera, la fe en el hombre revive si tiene sus raíces en lo suprahumano. La fe en el hombre queda salvada por la fe en Dios.

La historia humana se mueve en una dirección definida. Depende, por una parte, de energías naturales y por otra de energías espirituales, y en medio de toda clase de conflictos tiende a la realización natural de la humanidad, es decir, a la progresiva manifestación de la esencia y potencialidades del hombre, al progresivo desarrollo de las estructuras de su conocimiento, de su conciencia moral y de su vida social; a la progresiva conquista de la unidad y de la libertad. Y tiende también a una realización espiritual que es supratemporal y trasciende la historia, y que, según los cristianos, es el reino de Dios y la revelación de los hijos de Dios. Aunque inseparablemente entremezcladas, estas dos tendencias de la historia se refieren a dos órdenes completamente diferentes, y a menudo la debilidad del hombre se opone a uno, mientras fomenta el otro. Y en sentido contrario, también se desarrolla el mal en la historia, de manera que un movimiento descendente determina pérdidas, y al mismo tiempo un movimiento ascendente determina que la savia del mundo produzca mejores frutos.

En los períodos más felices de la historia el mal actúa a escondidas en el florecimiento de nuestros precarios jardines. En los períodos más sombríos de la historia, el bien, de manera invisible, prepara conquistas que no podemos prever. Y el bien es más fuerte que el mal. Por fin habrá de cumplirse lo que dicen las Escrituras: Decid al justo que todo está bien. En los antiguos escritos apocalípticos judíos se afirmaba que la era de los sufrimientos del Mesías sería la época de sus mayores victorias.

Hace unos treinta años, cuando Léon Bloy ofreció a uno de sus lectores su libro 'En el umbral del Apocalipsis', escribió en la primera página: "*Cher ami, donnez-vous la peine d'entrer*" (*Querido amigo, tómese usted la molestia de entrar*). Y en efecto, parece que así lo hicimos. Nuestra época se manifiesta como una época apocalíptica, como el fin de varios siglos de historia. Ahora estamos cosechando los frutos de la ira. Todavía no hemos terminado de sufrir. Pero al fin de la crisis, surgirá un mundo nuevo.

Teniendo presentes estos pensamientos, la experiencia – esa experiencia misma que debilita nuestra fe en el hombre –, queda transfigurada, asume un sentido. No es la revelación de lo absurdo de la existencia, sino los dolores del crecimiento y del trabajo de la historia; no es la revelación de la radical bajeza del hombre y de su carácter menospreciable, sino la revelación de su desdicha, de las pruebas y catástrofes en virtud de las cuales se afirma la grandeza inherente a su destino, lo que queda al descubierto cuando el hombre renuncia a su orgullo.

Un balance histórico como el que estamos viviendo ahora no puede cumplirse en un solo día. Se necesita tiempo para que la razón pueda gobernar los formidables medios materiales que la revolución industrial y técnica puso en nuestras manos frágiles. Se necesita tiempo para suscitar, desde las profundidades del aturdimiento humano, la revolución moral y espiritual que necesitamos infinitamente más que ninguna otra revolución. Porque, en efecto, lo que se necesita es nada menos que un triunfo terrenal de la inspiración evangélica en la conducta social de la humanidad. Nosotros no perdemos la esperanza de que ello ocurra. El renacimiento de la civilización que anhelamos, la era de humanismo integral, la época en que la ciencia y la sabiduría estén reconciliadas, el advenimiento de una comunidad fraternal y de una verdadera emancipación humana, todas éstas no son cosas que esperamos que se produzcan mañana; pero sí esperamos que se produzcan pasado mañana, en ese día que, según lo anunció San Pablo (A los romanos, XI, 12, 15), será para el mundo, después de las peores tinieblas, cual una primavera de esplendor y renovación.

Todo esfuerzo que se realice en este sentido terminará por dar frutos. Me refiero no sólo a la lucha espiritual de aquellos que oyeron, como lo dice Bergson, el llamado del héroe y que despiertan a los hombres al amor evangélico; sino también a la lucha temporal de todos aquellos – hombres de ciencia, poetas, paladines de la justicia social – que dedican sus vidas a mejorar y a ilustrar las de sus hermanos; me refiero al esfuerzo diario de aquellos que no pueden descansar mientras vean a sus hermanos en la esclavitud y la miseria. Aun cuando el estado general del mundo y el enorme monto de los errores acumulados impidan por ahora que tales esfuerzos venzan los males que se expanden por todas partes, esos hombres preparan empero una era, bajo la advocación de Dios, de mayor dignidad para el hombre y de expansión.

Y aun eso no constituirá sino un momento en la historia de un planeta pequeño y perecedero. Y la esperanza va más allá del tiempo, porque, a la postre, lo que esperamos es la resurrección de los muertos y la vida eterna. Ésta es la fe por la que vivimos y, porque vivimos para ella, es la fe que debe regir nuestras vidas.

